

LA HIJA DEL ASESINO

La niña caminaba bajo las ráfagas del viento invernal que alternaban con furtivos rayos de sol. Se sentía débil. Iba vestida con desteñidas ropas de algodón, los pies desnudos en zapatos demasiado grandes para ella, mientras sus hombros se estremecían bajo un chal deshilachado.

¿Adónde iba? Ni ella misma lo sabía. Había salido sin rumbo, como todos los días, desde que había dejado de ir a la escuela donde sus compañeras la hacían demasiado desdichada.

Quería irse lejos, simplemente para huir de la casa maldita que todos señalaban con el dedo.

Iba furtivamente, avergonzada de sí misma, deslizándose a ras de las casas siniestras de esa aglomeración de arrabal, tan miserable en esa época. Cuando notaba que a lo lejos venía alguien por su lado, echaba a correr por el otro a fin de evitar el encuentro. Sin embargo, precisamente cuando pasaba delante de una taberna de las afueras, una de esas tabernas de aspecto inquietante y demasiado numerosas en el país, salió de ella una anciana que parecía una bruja. Iba tambaleándose, apoyándose en un grueso bastón y murmurando cosas ininteligibles. Vio a la niña; entonces su cara odiosa se volvió más odiosa aún, y alzando su bastón, la amenazó gritándole con voz de ebria:

-¡Hija de asesino!

Un poco más lejos, en una vuelta del camino, la niña se halló frente a frente con un niño y dos niñas un poco mayores, frescas como flores con sus delantales, y bien abrigadas con sus tapados; y en ellas reconoció a antiguas compañeras de escuela.

Las tres iban alegremente por la calle, riendo y conversando; tenían en las manos rebanadas de pan y queso que comían con placer, y que ella miró involuntariamente de soslayo.

El niño se fijó en ella con curiosidad, mientras que las niñas tomaron, por el contrario, una actitud de desprecio y tironearon de la manga a su compañerito para alejarlo lo más pronto posible. La mayor dijo bastante fuerte como para ser oída:

-No te acerques. Es Hortensia Boyer.

La otra añadió brutalmente:

-Su padre mató a un hombre.

-¡Oh! -dijo el niño, con la boca y los ojos redondeados por el horror; y con un brusco movimiento de retroceso dejó toda la anchura de la calle entre él y la réproba.

Esta ya se había alejado, sorda e insensible en apariencia, pero con los hombros un poco más encorvados bajo su chal deshilachado. A los doce años, ¡cuán pesada era su carga!

Caminó hasta que estuvo fuera de la vista de las orgullosas niñas; luego, agobiada, se dejó caer sobre el terraplén que había al lado de la calle. Tenía frío; estrechó los pliegues de su vestido en derredor suyo, y rodeando con los brazos sus rodillas, acurrucada para ofrecer menos superficie al viento, permaneció inmóvil, como imagen desoladora de la miseria y el abandono. ¡Pobre niña! Nunca había tenido en su vida un solo día de felicidad. Sin embargo, su padre era un hábil obrero, y podía ganar buenos jornales. Pero había una historia dolorosa y corriente: bebía, y cuando estaba ebrio no sabía lo que hacía. ¡Cuántas veces había recibido Hortensia malos tratos y golpes! ¡Cuántas veces había tenido que acostarse sin cenar porque el salario del padre había quedado en la taberna! La madre, pobre criatura también maltratada, acosada, desmoralizada, no tenía ya valor para ocuparse de los cuatro o cinco hijos que lloraban de hambre y dejaba que todo fuera a la deriva ... Pero todo esto no era nada en comparación con los días terribles que iban a seguir. Durante una riña ocurrida después de beber, Boyer causó a uno de sus compañeros heridas que le ocasionaron la muerte. Fue encarcelado, juzgado y condenado a ocho años de reclusión.

Si la esposa hubiese sido un ama de casa activa, una madre valiente, las cosas quizás habrían ido mejor en la familia; pero no sucedía así; no había sabido hacerse estimar ni amar, y el oprobio con que se rodeaba a la triste familia se hizo aún más general después del crimen. Nadie recordaba que los hijos del asesino eran sus primeras víctimas, y que, como tales, tenían doblemente derecho a la caridad y compasión.

Casi desvanecida, Hortensia permanecía allí sobre el terraplén, renovando en su espíritu sus amargos recuerdos, cuando notó cerca de sí una flor de prímula que había crecido entre una alfombra de hojas muertas del invierno casi pasado. Al verla, el rostro se le iluminó, perdiendo su expresión sombría y triste. Permanecía la niña allí con los ojos fijos en la prímula, sonriente. Muy suavemente alargó la mano y tocó la

flor. Ni siquiera quería cortarla, sino que la acariciaba tímida, respetuosamente, como pidiéndole perdón por su audacia. Murmuraba, arrobada: ¡Qué blanca es!

Hortensia habría sido incapaz de traducir sus sentimientos en palabras. Por su naturaleza tímida, su físico poco atrayente y su mutismo hurraño, nadie podía sospechar lo que ocurría en ella.

Por un momento olvidó sus pesares y oprobios; había hallado una amiga que no la rechazaba, que no la despreciaba; le hablaba a media voz creyendo oírle contestar.

De repente un grito agudo, que se prolongaba a través del campo, la arrancó de su ensueño. Se estremeció y palideció.

-¡Oh! -dijo-, es por el lado de la cloaca. ¡La cloaca! Nombre siniestro para los habitantes de Montfaucon. De un barrio horrible que era, había pasado a ser un barrio innoble. Antes poseía el patíbulo, donde según el beneplácito de los reyes de Francia eran colgados y ahorcados villanos y grandes señores, culpables e inocentes. Hoy se extendía sobre el territorio de la comuna una represa inmensa e infectada donde se amontonaban cada día, a beneficio de una fábrica de productos químicos, todas las inmundicias de París; verdaderos abismos pestilentes que manaban asfixia y muerte.

Y era de ahí, sí de ahí, de donde había partido el estridente grito de angustia y espanto. Aún vibraba en los oídos de Hortensia, inmóvil por el susto, cuando se dejó oír otro grito más agudo aún, más terrorífico; luego un trágico silencio... La niña recobró el ánimo; echó a correr con todas sus fuerzas por el atajo que conducía al inmundo depósito. Llegó a la zona afectada, donde la atmósfera se volvía asquerosa, pero eso no la detuvo, siguió corriendo.

Llegó hasta las cloacas llenas de fango y podredumbre, de emanaciones irrespirables, y ¿qué vio allí? Tres niños, el niño y las condiscípulas que un rato antes se habían apartado de ella con desprecio. Esta cloaca les había parecido menos repugnante. Sin duda, algún animal muerto, o algún objeto brillante que flotaba en la superficie del fango, los había atraído. Se habían inclinado, y perdiendo pie en el borde resbaladizo, cayeron arrastrándose uno al otro. Y en el momento en que Hortensia, jadeante, se inclina sobre la orilla, se hunden los tres. Ya no pueden gritar, se debaten desesperadamente, tratando en vano de hacer pie, de prenderse de todos esos desechos sin nombre que se deslizan entre sus dedos, y las mangas de los delantales rosados se agitan en angustiosa súplica, a punto de desaparecer para siempre. Con los cabellos erizados, Hortensia ve el espantoso drama. ¡Oh! si fuese agua limpia no la asustaría, ¡pero eso! Quisiera alcanzar algún palo largo a los niños, pero no lo encuentra por ninguna parte, y, además, es demasiado tarde, están demasiado lejos, no tendrán fuerzas para asirse de él. Van a morir ahogados, asfixiados. ¡Qué horror! He ahí sus caras que se hunden, la boca, la nariz los ojos que se llenan de esa materia nauseabunda. ¡No, es imposible dejarlos perecer así!

Con un clamor que debe desgarrar el cielo, Hortensia se lanza al cenagal. Entra en él por completo, se desliza, cae, se levanta; cegada y asfixiada se abre camino a través del fango helado, de fétidas emanaciones. Alcanza a los niños, toma uno al azar y lo trae a la orilla, se hunde por segunda vez, y saca otra víctima, y por tercera vez se lanza a la ciénaga, pero agotadas sus fuerzas, se tambalea, vuelve a caer, y desaparece en el limo que se cierra sobre su presa.

Y cuando llegaron los obreros de la fábrica, que acudieron al oír los gritos, sacaron de la sima negra dos cuerpos estrechamente enlazados bajo la capa infectada que los cubría: era el del tercer niño, desvanecido, y el otro, frío y rígido, de Hortensia Boyer, la hija del asesino.

* * * * *

En la piecita de paredes y cortinas blancas, la enfermera de toca blanca anda en puntillas; se acerca a la cama, arregla el cobertor, se inclina sobre la enfermita que se agita dominada por la fiebre y el delirio. Se la oye repetir: "¡Oh! ¡Qué sucio! ¡Qué horror!" Rechaza el fango imaginario que sube y sube en derredor de ella; se yergue para huir. Pero una hermana de caridad la toma en sus brazos, la arrulla y le murmura palabras tiernas. Poco a poco Hortensia se calma, permanece tranquila, acaba por dormirse apaciblemente con la cabeza apoyada sobre el hombro de su compasiva guardiana.

Más tarde ya no se despierta sobresaltada con gritos de espanto. Permanece inmóvil, dejando errar su mirada vaga sobre los que la rodean. Se siente muy cansada y quebrantada; le parece que no podría mover un dedo; pero es deliciosa la impresión de completa dependencia.

El sol entra por la ventana, atraviesa la pieza como un rayo luminoso en el cual bailan miríadas de partículas. La niña sigue por un instante su ronda inmaterial como si de ella dependiera su felicidad. Pero, ¿qué es lo que haya su lado; ese ruidito ligero que percibe cada vez más distinto? Hace un esfuerzo para volver la cabeza, y nota, sentada, tejiendo al lado de su cama, una mujer de rostro dulce, de sonrisa maternal, que desde hace semanas vela junto a su cama.

La hermana María ha encontrado su mirada; depone su trabajo, se levanta y se acerca para acariciar la frente húmeda de la niña.

-¿Cómo te va, querida? -le pregunta.

¿Será posible que sea a ella a quien alguien le habla con tono tan afectuoso? Hortensia, perturbada y arrobada, balbucea:

-Muy bien, pero... hermana, ¿dónde estoy?

-En el hospital...

-¿En el hospital?... ¿Por qué?... ¿Estaba enferma?... ¿Qué tuve?

-Tuviste mucha fiebre que nos ha inquietado bastante; pero ya estás mejor y el doctor dice que te vas a sanar ...

-¡Ah! sí, recuerdo -dice la niña, estremeciéndose de horror, -fue cuando me caí en la cloaca.

-Es decir, cuando te echaste a ella para salvar a tus compañeritos -rectifica la hermana- Fuiste muy valerosa, hijita, ¿no sabías que arriesgabas la vida?

-¡Oh, sí! -le responde suavemente Hortensia-, no pensaba salir viva y tuve mucho miedo. Pero era algo más fuerte que yo, no podía obrar de otra manera.

"¡No podía obrar de otra manera!" ¡Palabras sublimes de todos los sacrificios, de todos los heroísmos y de todos los martirios! ¡Palabras de los corazones nobles, ilustres u oscuros, fieles a las órdenes de su conciencia, dispuestos a sacrificarlo todo para obedecerla, hasta la existencia misma si es necesario! ¡Ojalá sepamos también nosotros oír esa voz de Dios y aprender a desempeñar nuestro deber, a renunciar a nosotros mismos, en las cosas grandes como en las pequeñas, no para ser admirados o recompensados, para obtener honores o fortuna, sino porque no podamos hacer de otra manera!

Hortensia ha estado mucho tiempo entre la vida y la muerte, pero ya está realmente convaleciente. Pasa una o dos horas por día en un sillón provisto de almohadas, cerca de la ventana, desde la cual se ve el jardín del hospital, que se adorna con toda la gracia de la primavera.

Parecía que eso fuese a propósito para ella, y que los árboles, las flores, el cielo azul, quisieran festejar su regreso a la vida. Es extraordinario el cambio que se ha producido. La hermana es tan buena y paciente. El doctor de anteojos dorados endulza su gruesa voz cuando le habla, y bromea para hacerla reír. Y luego, lindas señoras a las cuales no conoce -que patrocinan el hospital-vienen a verla, le traen libros de cuentos y bombones, y la llaman "pequeña heroína". Su madre y dos de sus hermanitos han venido también, pero todos se pusieron a llorar, de manera que la hermana los despidió pronto diciendo: "No hay que causarle demasiadas emociones. Hasta el domingo que viene". Hasta la maestra de la escuela la ha visitado, y aunque siempre había parecido enojada, le habló muy amablemente y le mencionó a las compañeras a quienes había salvado: "Habrían querido venir conmigo, pero las verás el domingo".

¿Qué sucederá el domingo? La hija del asesino se lo pregunta con curiosidad al notarlas miradas y las sonrisas intrigantes de los otros enfermos. Va y viene por la sala, llamada, mimada por todos lados, aunque se asusta fácilmente todavía, pero cobra poco a poco dominio propio en la atmósfera de benevolencia que la rodea. Deja que su pobre corazoncito se abra a los primeros efluvios de ternura, como la flor de primula a los primeros rayos del sol en aquel día trágico de febrero.

Por fin llega el domingo. La hermana María llama a Hortensia, le pone medias y zapatos nuevos y, suprema elegancia, la viste con un lindo trajecito de lana azul marino, con un pequeño cuello blanco, le peina los cabellos y los ata con un moño, lujo que jamás conocieron. Luego la lleva por los corredores y las escaleras, extraordinariamente desiertas, repitiéndole que no tenga miedo, lo cual la asusta mucho y la hace temblar como una hoja -mucho más de lo que temblaba cuando se lanzó al cenagal-, cuando ve abrirse de par en par el salón de actos.

¡Oh, maravilla! En una profusión de flores, banderas y guirnaldas, se agolpa una muchedumbre. Están allí todos los enfermos que pueden estar de pie, todo el personal del hospital y de la escuela, maestros y alumnos, y muchos invitados de Montfaucon, y aun de París.

Cuando entra, centenares de ojos se vuelven hacia ella. Se oyen gritos: "¡Ahí viene! ¡Sí, es ella!" Hay aplausos. El Señor director, instalado en un estrado, pide silencio; había preparado un lindo programa, pero no había contado con lo imprevisto. La Sra. Boyer, los hermanitos y hermanitas de Hortensia se lanzan hacia ella; las dos niñas y el muchachito a quienes sacó del lodo acuden, trayéndole magníficos ramos de flores.

-¡Oh, Hortensia! -sollozan las niñas-, tú nos salvaste la vida, a nosotras que habíamos sido tan malas contigo. ¿Podrás alguna vez perdonarnos?

La niña, demasiado conmovida para hablar, no contesta sino pasando su brazo en derredor de sus cuellos y abrazándolas de todo corazón.

Una vez calmadas las primeras efusiones, Hortensia, su madre y la hermana María, que la toman de la mano, se sientan en el estrado. El señor director pronuncia un discurso que le costó muchas vigiliadas; lo termina llamando a la heroína del día para entregarle una cajita forrada de terciopelo, que encierra una bella medalla de honor, en la cual está grabado su nombre.

"Y esto no es todo -dice-; el jefe del estado se ha interesado por tu caso, hija mía. Y de su parte voy a preguntarte: ¿Qué es lo que más deseas como recompensa? Si está en su poder concedértelo lo hará..." La niña vacila. Sus ojos recorren sorprendidos la concurrencia que espera ansiosamente la respuesta. ¿Qué va a pedir? Inclinando un poco la cabeza ve, al pie del estrado, el grupo compuesto por su madre y sus hermanitos, quienes en esa sociedad brillante están fuera de ambiente; ellos los parias, los réprobos.

Entonces decide:

-¡Oh, Sr. director! -dice con voz clara que se oye por toda la asamblea silenciosa-, si nos quisieran devolver a papá. Es muy malo cuando se embriaga, es cierto, pero tal vez el castigo le haya servido, y si se lo dejase volver con nosotros se corregiría y no bebería más... Nosotros no podemos estar contentos mientras él esté en la cárcel, sin nadie que lo quiera. Devuélvanoslo, seríamos tan felices. Junta las manos en un ruego ardiente, y su voz se ahoga en un sollozo... Esta vez todos los ojos se humedecen, y el director no trata de ocultar la gruesa lágrima que corre por su rostro mientras responde:

-¡Noble niña! No sólo eres capaz de una acción valerosa; sino que nos das a todos el ejemplo de los más hermosos sentimientos. Transmitiré tu petición... Espera.

Algún tiempo más tarde, el preso, indultado del resto de su condena, volvía al hogar, y sostenido por la simpatía que para él había conquistado su hija, comenzó una nueva vida de trabajo, de rectitud y de sobriedad, que iba a devolver la felicidad y el gozo a la pobre familia.

Las virtudes de la niña habían rescatado al padre del vicio y el crimen.-f. Pitrois.

No se puede olvidar a la gente que se olvida de sí misma.